

yor fortuna. Amadísimos cristianos, ahora que estáis fuera, no queráis ni aún andar en sus contornos. Guardáos de aquí en adelante de acercaros á ella, guardáos de llegar á sus confines, guardáos de mirarla. Para no contraer ilícitas amistades, mortificad las pasiones, para no entreteneros con impuras complacencias. reprimid la curiosidad, para no precipitaros en una vida licenciosa, cuidad mucho de no relajáros; en suma para no ser pecadores, guardáos de todo lo que sabéis confina con el pecado. Huid, amados fieles, y ponéos en salvo, y para aseguráros huid á aquel monte santo y divino, Jesucristo, de donde os vendrá el socorro (1), desde cuya bienaventurada cumbre correrán hasta vosotros aquellos auxilios que os hagan circunspectos, prudentes, cuidadosos, fieles é inmaculados.

SEGUNDA PARTE.

En órden al argumento que he elegido esta mañana, me ha sucedido observar por lo ménos en otras ciudades que sobre una cosa particularmente suelen estar con mucho cuidado y con grande expectacion los oyentes: es á saber, sobre cuál es el dictámen del predicador tocante á las tertulias. Es cosa extraña sin duda desear saber con tanta curiosidad el parecer de otro acerca de un hecho que no tiene nada de malo, segun se dice, ni puede tenerlo; y aún es mas extraño hacerlo justamente en el sermon sobre las ocasiones. Por lo que á mí toca, habiendo protestado que no pienso hablar hoy de las ocasiones próximas de pecado, será forzoso que suceda una de dos cosas; ó que yo esté fuera de la obligacion de corresponder á vuestro deseo, ó que tales reuniones no deben ponerse entre las ocasiones próximas de pecado. En efecto ¿á quién ha de ocurrir que pueda ser ocasion próxima de pecado una costumbre, por una parte tan natural y conforme al instinto del hombre culto y sociable, que es el de tratar y conversar con las gentes, y por la otra tan extendida en la actualidad por todos los países, que son el emporio y centro de la verdadera Religion? ¿Es posible que si se advirtiese peligro en ella, se hubiera abrazado tan generalmente, y sostenido y defendido con tanto y tan fuerte empeño? Sin embargo el oír á no pocos ministros del Señor,

(1) *Unde veniet auxilium tibi.* Psalm. 120. v. 1.

mas bien informados que yo lo estoy, y que por sí mismos no tienen ningun interes en ello, impugnar y declamar tanto contra lo que llaman abuso, depravacion y escándalo, me causa, hablándoos con ingenuidad, alguna sospecha. Por tanto, si yo tambien he de decir sobre esto mi opinion, aunque de poco peso, será menester que se me informe ántes bien acerca de lo que se entiende por esta palabra *tertulia*. Y ¿quién puede informarme mejor que vosotros? Teniendo yo muy poca experiencia de las cosas de vuestro mundo, como ya he dicho, me refiero á vosotros, y os pregunto, á que se reduce finalmente lo que significáis con este nombre.

Padre, se reduce á reunirse por la noche varias personas... — Todas de un mismo sexo, ¿no es verdad? — No, padre, de cualquiera sexo. — ¿Todas por lo ménos personas graves y maduras? — No, señor, de cualquiera edad. — ¿Estarán acaso unidas con algun vínculo de parentesco? — No, señor, de diferentes familias y aún enteramente extrañas entre sí. — Por casualidad, alguna que otra vez? — No, padre, de intento, de propósito, todas las noches ó casi todas las noches. — A la verdad, oyentes míos, esta confusion ó mezcla de hombres con mujeres, y mucho mas siendo de todas edades y de diferentes genios, en todo tiempo y de noche, la veo condenada claramente, como habéis oído, en la sagrada Escritura y en los santos Padres. San Agustín, omitiendo otros, la llama abiertamente el mayor de todos los escándalos (1).

Y decídmeme ¿qué se hace en tales juntas? — Padre, quién juega, quién ve jugar, quién habla, quién se pasea, quién hace una cosa, quién hace otra. — Está bien. Por de contado, en la conversacion se trata siempre de cosas lícitas y honestas, no mezclando ninguna palabra, ninguna alusion, ningun equívoco indecentes, y dejando á cada uno en su buena reputacion y fama; por supuesto que los juegos son siempre juegos, y siempre de cartas ú otros semejantes, y no de manos con manos, ni de piés con piés, no habiendo tampoco riesgo de perder mucho tiempo ni mucho dinero; por de contado todos se tratan con todos, sin que se advierta mayor inclinacion á una persona que á otra; no va cada uno siempre á una misma mesa de juego, ni está siempre al lado de una misma persona, ni siempre inmó-

(1) *Nullum majus scandalum occurrit, quam ipsa virorum ac mulierum confusio.*

bil en un mismo sitio; no se puede notar á la luz artificial ni nieve ni fuego en vuestro rostro, ni un silencio obstinado, ni un confuso lenguaje en vuestros labios, ni una atónita estupidez, ni una despierta viveza en vuestras miradas; y así un casado no corre peligro de concebir poco á poco aborrecimiento á su mujer, ni el que no la tiene, de encontrarla cual no le convendría, ó cuando no le convendría: por supuesto que todo se concluye á una hora conveniente, de manera que ni los amos ni los criados hayan de quebrantar con la cena los ayunos y las vigiliás, quedándoles bastante tiempo para el descanso del cuerpo y la cultura del alma: por supuesto que esto no hace que se olvide cada uno de los deberes del propio destino ó empleo, sea público, sea privado, ni del buen gobierno de la familia, principalmente de los criados y criadas, ni de la educación de los hijos: por de contado se sigue ejercitando como ántes las obras de caridad, ganando las indulgencias con el mismo fervor que ántes, oyendo la divina palabra con la misma ansia que ántes, frecuentando los sacramentos con la misma devoción que ántes... — Ó padre! vm. nos aturde con ese cúmulo de cosas tan diversas, que no es posible combinar.— ¿No es posible verdaderamente, católicos, no es posible? Luego no es posible tampoco tener por inocentes vuestras tertulias.

OTRA SEGUNDA PARTE.

No puede negarse, padre, presumo yo que me dirian algunos de buena gana, que si se quisiese poner la consideracion en vuestro discurso, habriais dado hoy por la mañana un bello golpe. — Qué golpe? — Ah! nos veriais á todos unos tras de otros, apénas hubiésemos salido de la Iglesia, volar á cuadrillas, quiénes por acá, quiénes por allá en busca de alguna ermita ó de algun convento, para tomar el hábito de religioso y sepultarnos en él; porque ¿cómo hemos de esperar el salvarnos en un mundo tan infiel y tan lleno de peligros y riesgos? — Vosotros os burláis, mis amados oyentes; y por otra parte si tuvieseis semejante deseo, y os hallaseis en el caso de tomar tal resolucion, ¿podria yo ménos de aprobar vuestro pensamiento, que innumerables personas de ambos sexos tienen por el mas oportuno, por el mas acertado y por el mas prudente? Tampoco estariais entónces fuera de todo peligro; pero esta-

riais en gran parte fuera de él, y si no estabais del todo seguros, no os hallariais por lo ménos tan expuestos.

Mas si se ha de hablar con exactitud, vosotros estáis engañados; y aunque la consecuencia que deducís, seria muy loable, no es absolutamente necesaria. ¿Habéis reflexionado sobre la súplica que hizo el Redentor en orden á sus apóstoles poco ántes de morir? « Padre eterno, » le dijo, « no os pido que quitéis de este mundo á mis amados discípulos, sino que los dejéis en el mundo, y que miéntras estén en él, los preservéis de los males que hay en el mundo » (1). Jesus pues con el fin de conservar á sus apóstoles puros y fieles, no les manifestó la precisa é indispensable necesidad de huir del mundo. De otra manera hubiera suplicado á su divino Padre, que los arrancase de este mundo, y no que los dejase en el mundo. Y sabéis por qué no manifestó tal necesidad? Porque vió y conoció claramente que podrian vivir en el mundo sin participar de los males del mundo. Pues lo mismo os diré yo justamente á vosotros. Es una cosa muy buena, muy recomendable y santa volver las espaldas al mundo y abandonar el mundo; pero no es este el medio único y preciso de libertarse de los males que hay en él.

Por tanto hacéd, amados fieles, una sutil distincion y prontamente desataréis el nudo de la dificultad. Distinguid entre lo que en el mundo es del mundo, y que el mundo mira y aprueba como suyo, y entre lo que en el mundo no es del mundo, y que el mundo mismo no mira ni ama como suyo. Esto no es ni podrá ser nunca malo; pero sí lo que en el mundo se reputa generalmente del mundo, lo que el mundo mismo juzga pertenecerle como verdaderamente suyo, y sobre lo cual se le atribuye en efecto jurisdiccion y derecho. Como suyo mira, por ejemplo, aquel espíritu que se llama espíritu mundano, como suyas aquellas máximas que se llaman máximas mundanas, como suyos aquellos sentimientos, aquellos principios y aquellos documentos que son documentos, principios y sentimientos mundanos. El mal está en todo esto, y esto es de lo que orando Jesus suplicaba á su eterno Padre, tuviese distantes y separados á sus apóstoles. Esto es de lo que él mismo se apartó siempre, de tal modo que aunque estuvo ciertamente en el mundo y aún en medio, y por decirlo así, en el corazon del

(1) *Non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos à malo.* Joann. c. 17. v. 15.

mundo, pudo no obstante asegurar con toda franqueza que no era del mundo (1); y no por otra razon sino por la que poco há hemos expuesto, y que insinúa Jesucristo mismo en aquellas grandes palabras: *viene el príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí* (2); esto es, no encuentra nada sobre que ejercer su imperio. Como si quisiese decir: viendo el príncipe del mundo, esto es, el espíritu que domina á los mundanos, que yo vivía, y conversaba en el mundo como los demas, vino á hacer tambien acerca de mí sus averiguaciones, del mismo modo que las hace acerca de los demas; pero todo fué inútil y vano, pues por mas averiguaciones que hizo, nada encontró en mí que le perteneciese ni que fuese suyo.

Y ahora os pregunto yo, amados hermanos míos y amadas hermanas mías, ¿por qué no podéis tambien vosotros y vosotras apartaros del mismo modo del mundo viviendo en el mundo? ¿Reflexionáis, si tratando y conversando con el mundo, hay en vuestra conducta cosa que sea del mundo, y á la cual tenga acción y derecho el mundo? Tenéis, por ejemplo, riquezas en el mundo; pero estas no son del mundo, porque ni las ha hecho, ni os las ha dado el mundo. Del mundo es aquel grande apego del corazon á las riquezas que poseéis; y ¿lo hay en vosotros? Tenéis, señora, en el mundo aquel decente adorno que ciertamente no os convendría, si no estuviésteis en el mundo; pero este no es del mundo, como lo es aquel espíritu de soberbia, de altivez y de vanidad que lo acompaña; y ¿lo hay este en vos? Lo mismo puede decirse de la salud, del ingenio, de las diversiones, de los honores, de los cargos y de las facultades. Todas estas cosas son bienes por sí mismas, bienes criados y dispensados liberalmente por Dios al tenor de sus amorosas y prudentes deliberaciones. El mundo no puede reconocer como suyo mas que los fines malvados, las intenciones torcidas, el inmoderado exceso, la codicia, la ambicion y la envidia, por cuyos vicios hace un perversísimo abuso de los bienes. Y no hay nada de esto en vosotros? Pues esto es lo que se necesita arrancar, apartar y separar de todas maneras. Por tanto hé aquí una bella y muy oportuna regla para el presente caso que nos dió el apóstol san Pablo en estas palabras: *los que usan de*

(1) *Ego non sum de hoc mundo.* Joann. c. 8. v. 23.

(2) *Venit... princeps mundi hujus, et in me non habet quidquam.* Ibid. c. 14. v. 30.

este mundo como si no usasen (1). Debéis serviros del mundo, como si no os sirviésteis de él; debéis procurar que estando en el mundo y usando de las cosas del mundo, no tengáis apego á nada que sea del mundo, ni que el mundo pueda reconocer por suyo, de manera que tambien podáis decir vosotros con toda verdad: *viene el príncipe de este mundo y no tiene nada en mí.* Así os preservaréis de lo malo que hay en el mundo sin huir del mundo, y el mundo mismo, léjos de ser un incentivo para perderos, será medio é instrumento para salvaros.

(1) *Qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur.* I. Cor. c. 7. v. 31.